

# FRANCISCO BULNES Y LA VERDAD ACERCA DE MÉXICO EN EL SIGLO XIX

David A. BRADING  
*Cambridge University*

EN JUNIO DE 1903, el orador elegido para proponer a la segunda convención nacional liberal, la reelección de Porfirio Díaz como presidente de México para el periodo 1904-1910 estremeció al público con sus declaraciones:

La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias [murmillos del público]. No existe la tranquilidad inefable de hace algunos años. ¡La nación tiene miedo! ¡La agobia un calosfrío de duda, un vacío de vértigo, una intensa crispación de desconfianza, y se agarra a la reelección como a una argolla que oscila en las tinieblas!

Hablando como científico declarado, Francisco Bulnes elogió a los primeros liberales, quienes durante los setenta años posteriores a la independencia dedicaron sus vidas a “la gloriosa obra de demolición del antiguo régimen”, y cuya campaña culminó en dos grandes logros: las leyes de Reforma y la defensa de la libertad mexicana ante la invasión francesa. El conflicto político de aquellos años se parecía a las guerras civiles de la antigua Roma, pues consistía en una lucha entre patricios y plebeyos privilegiados por el poder sobre el cuerpo inerte de la población mexicana. Empero, si bien los jacobinos —epíteto con que Bulnes calificaba a todos los demócratas liberales— ganaron la bata-

lla, sus ilusiones sobre el modo de gobierno parlamentario les impidieron crear un poder ejecutivo federal fuerte, de modo que el país se volvió presa de ambiciones faccionales de caudillos militares y caciques regionales. Le tocó a Porfirio Díaz devolver la paz a México. Inmovilizó a los caudillos colmándolos de honores políticos y riquezas. Consolidó el monopolio de la violencia ejercido por el ejército al desarmar a las guardias nacionales que habían servido a gobernadores estatales y caciques regionales. Bulnes afirmaba que Díaz, para dotar a la presidencia de una nueva autoridad, había empleado “todas las reglas del arte de la política, delineadas por el emperador romano Augusto, que duró cuarenta y cuatro años en el poder, y finalmente percibidas, observadas y enunciadas por Nicolás Maquiavelo”. Al igual que su predecesor romano, Díaz siempre había respetado “la forma solemne de las instituciones y ejercido el poder haciendo uso del *minimum* de terror y del *maximum* de benevolencia”.<sup>1</sup>

México obtuvo un beneficio duradero e irreversible de los treinta años de paz interna: el desarrollo económico. Bulnes sostenía, además, que “es imposible que el progreso económico no engendre progreso intelectual, y éste a su vez el moral, y [estos] tres juntos, el político”. Tan profunda había sido la transformación material del país que Bulnes decía: emerge “un México nuevo, que, liberal o conservador, detesta profundamente el militarismo, tiene pasión por la independencia, ansia de progreso y ambición de instituciones”. Hay un nuevo patriotismo, construido “con altos jornales, con millares de escuelas, con ideas y sentimientos de justicia, con aspiraciones vigorosas e irresistibles de libertad”. En efecto, mientras que el estado tradicional siempre había servido a los intereses militares y religiosos, “el Estado moderno es y será la expresión política del orden económico”.<sup>2</sup>

Las conclusiones a las que llegó Bulnes a partir de su deslumbrante elogio de los logros de Porfirio Díaz fueron

<sup>1</sup> BULNES, 1903, pp. 1-13 y 19.

<sup>2</sup> BULNES, 1903, pp. 15-18.

proféticas y radicales. Mientras que el proceso del cambio económico seguramente continuaría, el asentamiento político desaparecería. Para remediar la anarquía de la era liberal, Díaz había creado un régimen personal, aunque ahora ese régimen tenía que dejar lugar a un gobierno basado en un partido político. Ahora era el momento para que el partido liberal volviera a asumir su papel histórico y ejerciera “su genio benéfico, tutelar y salvador” para llevar a cabo esta transformación. Pero como todo progreso y vida dependían de la competencia, el país también necesitaba la presencia de un partido conservador fuerte. De hecho, ahora Bulnes llamaba a Díaz a consolidar su vida-trabajo preparándose activamente para un cambio institucional de gobierno, y expresaba:

¿Qué es lo que ve el país que se le ofrece para después del general Díaz? ¡Hombres y nada más que hombres! Para después del general Díaz, el país ya no quiere hombres. La nación quiere partidos políticos; quiere instituciones; quiere leyes efectivas; quiere la lucha de ideas, de intereses y de pasiones.

Así, la reelección de Porfirio Díaz como presidente se justificaba con la promesa, y de hecho con la condición, de que el dictador formara un partido de gobierno encargado de la renovación política y de la continuidad económica.<sup>3</sup>

Tan entusiasta fue el aplauso a este extraordinario discurso, tan profético como la profecía política del padre Mier en 1823, que la convención decidió que se publicara inmediatamente. Obviamente, si Francisco Bulnes (1847-1923) se atrevía a hablar de manera tan osada, era porque expresaba una opinión común.<sup>4</sup> En sus memorias, escritas en realidad mucho más tarde, el dirigente del “partido” de los científicos, José Yves Limantour, explicó que había apoyado la reelección de Díaz en 1904 sobre el entendido de que la elección de Ramón Corral para el nuevo puesto de vicepresidente no sería más que el primer paso en la crea-

<sup>3</sup> BULNES, 1903, pp. 17-23.

<sup>4</sup> Acerca de Bulnes, véase LEMUS, 1965, *passim*.

ción de un partido de gobierno y la completa renovación del grupo político.<sup>5</sup> Si se había elegido a Bulnes para proponer la candidatura de Díaz, era porque había estado en el congreso muchos años y era un respetado experto en asuntos fiscales, con una intervención importante en las comisiones para preparar la legislación reglamentaria de la banca, las minas y la deuda nacional. Instruido en el Colegio de Minería en la ciudad de México, había sido profesor de matemáticas en la preparatoria nacional en 1867, donde conoció a Limantour y a otros miembros de lo que fue la “camarilla” de los científicos. De acuerdo con sus breves memorias, había comenzado como jacobino, aunque después de leer a Comte, Spencer y Taine se convirtió en positivista, es decir, en creyente de las leyes de las ciencias sociales aplicadas a la política, a la historia y a la economía.<sup>6</sup> Pero a pesar de lo brillante de su oratoria y la ocasional virulencia de su periodismo, se excluyó a Bulnes de los consejos internos de los científicos, y en los años posteriores a 1903 cedió a su iconoclasismo temperamental en un grado que lo apartó todavía más de sus asociados anteriores. De hecho, publicó una serie de libros en donde manchó el renombre de los presidentes de México del siglo XIX. Aunque los motivos que le impidieron lanzar esta campaña no son claros, es obvio que había muy buenas razones políticas para justificar sus publicaciones. Si para Bolingbroke “la historia es la filosofía que enseña a través de ejemplos”, para Bulnes la historia es la política que enseña a través de ejemplos.<sup>7</sup>

En 1910, cuando México celebró el centenario del grito de Dolores y atestiguó la séptima reelección de Porfirio Díaz como presidente, Bulnes publicó *La Guerra de Independencia*, en donde afirmó abiertamente que todas las revoluciones se derivan de la lucha de poder entre dos clases sociales. En el movimiento de independencia había estado en juego la rivalidad entre la “plutocracia abarrotera” ga-

<sup>5</sup> LIMANTOUR, 1965, pp. 163-167.

<sup>6</sup> Sobre estas breves memorias, véase BULNES, 1965, pp. 293-294.

<sup>7</sup> BOLINGBROKE, 1889, p. 22.

chupina y los terratenientes criollos. Sin embargo, para que los criollos desalojaran a los españoles, fue necesario hacer un llamado a las masas rebeldes, creando primero bandas de guerrilleros y luego ejércitos formales. En la primera fase intelectual, clérigos como Hidalgo habían tomado el mando, reuniendo una gran multitud semejante al movimiento a cargo del Mahdi en Sudán. Pero si bien en un principio quienes impulsaron la rebelión fueron los criollos aristócratas y los sacerdotes, ésta pronto cayó bajo el mando de los mestizos y mulatos, hombres hasta entonces empleados como rancheros, muleteros y mayordomos de hacienda. Esta clase social incluía a las familias Bravo y Galeana, los asociados de José María Morelos en Guerrero, a quienes Bulnes definió como “mestizos y rancheros acomodados”. Fue en este punto donde los indios lanzaron su propia jugada, una guerra de castas, prueba suficiente de que México todavía no era una nación. La mayor parte de los rebeldes estaba formada por mestizos, una clase más libre que su equivalente en Europa o Estados Unidos, animada por un odio profundo hacia los españoles en sus funciones de conductores estatales y tenderos. Sus dirigentes fueron los rancheros, que formaban “la subclase media rural” y que fueron impulsados por el “verdadero patriotismo”. El verdadero héroe del levantamiento no fue Hidalgo sino Morelos, quien a pesar de su error al convocar al Congreso personificó el verdadero propósito de la Revolución, el deseo popular de igualdad étnica. Bulnes concluía que con Morelos la revolución ya no parecía “un cisne celoso, sino un águila negra con ojos de serpiente tropical y caprichos de buitre”.<sup>8</sup>

El rasgo más inquietante de la contribución de Bulnes al centenario fue su insistencia en la necesidad de una revolución para llevar a cabo un cambio histórico decisivo. De entre todas las posibilidades, mencionó a Karl Marx como partidario de la idea de que existe un proceso grandioso y universal, en el cual la sociedad humana asciende lentamente por las etapas económicas asiática, romana, feudal

<sup>8</sup> BULNES, 1965a, pp. 45, 69, 118, 164, 206, 211-213 y 307.

y burguesa, y donde cada transición entre una etapa y otra está marcada por una fase de violencia, anarquía y dictadura. Como la Nueva España había estado sumergida en “el periodo asiático de las castas”, era lógico esperar que su fin estaría marcado por una rebelión armada y la destrucción anárquica de la propiedad. Esta irrupción fue detenida por la salida del ejército real, una fuerza dirigida por oficiales criollos como Agustín de Iturbide, destinados a gobernar a México hasta la reforma liberal. Sin embargo, durante este proceso turbulento se podían distinguir los elementos de una transformación económica, pues “el alma de la evolución política es, como dijo Marx, el factor económico”. De hecho, Bulnes escribió al respecto una octavilla notablemente profética para la época, pues cualquier lector de *Los grandes problemas nacionales* (1909) de Andrés Molina Enríquez que hubiera captado la tesis de que la hacienda mexicana era esencialmente una institución feudal hubiera concluido a partir de Bulnes que para romper su dominio sobre la economía mexicana era necesaria e incluso inevitable la violencia revolucionaria. Los políticos perspicaces sin duda se valieron igualmente de la discusión de si la anarquía resultante requeriría la imposición de otra dictadura.<sup>9</sup> Una cosa es escribir sobre lo inevitable de una revolución en el aspecto teórico, y otra muy distinta es padecer la destrucción que se extiende a amigos, enemigos y simples observadores. Exiliado en Estados Unidos en 1916, Bulnes escribió *The Whole Truth about México. The Mexican Revolution and President Wilson's part therein as seen by a Científico*, su único trabajo traducido y publicado en inglés. Como su subtítulo lo indica, su aparente propósito fue un ataque violento a Woodrow Wilson, primero por no darle el reconocimiento al general Victoriano Huerta como presidente de México y después por ordenar la toma de Veracruz y el envío de la expedición Pershing. Todo esto constituyó una intolerable intervención en la política interna de México, que fue tratado como si fuera otro

<sup>9</sup> BULNES, 1965, pp. 225-226, 291-294 y 338. Sobre Molina Enríquez, véase BRADING, 1984, pp. 64-71.

Puerto Rico. Con razón Wilson era odiado universalmente en México: él puso en duda la soberanía mexicana. A esta defensa convencional del derecho de México a determinar su propia forma de gobierno, Bulnes agregó un argumento tomado de su estudio maquiavélico y darwinista de la historia de México. Afirmó que cada país tiene una constitución escrita y otra no escrita, la primera, una obra de ficción y la otra, una realidad histórica. Esta tesis llegaba a la conclusión de que “en México la ley prescrita por los tratos sociales era un cambio de gobierno a través de violencia y traición”. A causa de esta ley, el *coup d'état* de Huerta significaba que él era “el presidente sociológico” y que Wilson no tenía derecho a negarle el reconocimiento.<sup>10</sup>

En cuanto a los principales protagonistas de la Revolución, Bulnes elogió a Francisco I. Madero como “un presidente honrado”, probablemente el primer idealista que gobernó México. De hecho, le había escrito observando que: “usted es en realidad el espíritu de la contrarrevolución”. Él le había aconsejado que dejara surgir el partido católico para equilibrar la alianza liberal-jacobina. Sin embargo, Gustavo A. Madero intervino en las elecciones de 1912 para impedir que el partido obtuviera más de 42 posiciones en el Congreso. Aunque Madero llegó al poder apoyado por rancheros, vaqueros y bandidos, quienes expulsaron a la clase media del control del país, no supo recompensar a sus seguidores y buscó gobernar al país por medios parlamentarios. Por lo demás, si bien Bulnes descartó a Pancho Villa por no ser más que un bandido, describió a Emiliano Zapata como “un verdadero apóstol” y admitió que su movimiento “representa las verdaderas aspiraciones de la raza indígena, valientes, indomables, resueltos a triunfar o morir”. No expresó ninguna objeción a la demanda del Plan de Ayala de repartir un tercio de la propiedad de las haciendas, mientras la distribución se hiciera por medio del Estado y no de los tribunales revolucionarios. En cuanto a Carranza, era corrupto e ineficaz, y su victoria había causado el derrumbe de la moneda y del crédito na-

<sup>10</sup> BULNES, 1972, pp. 1-3, 208-213 y 372-384.

cional. Los constitucionalistas habían instalado una dictadura, basada en la corrupción, el saqueo, y el terror. Bulnes concluyó afirmando que Álvaro Obregón era “el verdadero César” de la revolución y predijo que estaba destinado a la presidencia.<sup>11</sup>

Sin embargo, ¿por qué aceptó Bulnes a Huerta como “el presidente sociológico”, y por qué insistió en la inevitabilidad de la dictadura en México? Aquí nos aproximamos a lo que un exégeta llamaría la “aporía” de Francisco Bulnes, la verdadera duda o dificultad que se presenta en cualquier discusión acerca de sus reflexiones políticas e históricas. Pues Bulnes era un racista desvergonzado, quizás racista ambiental, pero al fin y al cabo racista. Declaró que los indígenas pertenecen, “de acuerdo con los decretos de la historia natural, la etnología, la historia general y la sociología, a una raza inferior, de lento desarrollo y progreso hacia la civilización”. De su retraso no se podía responsabilizar ni al régimen colonial ni al robo de sus tierras por parte de las grandes haciendas, pues, contrario a la retórica revolucionaria, las comunidades indígenas aún poseían muchas tierras en Oaxaca, los altos de Guerrero, Chiapas, Michoacán, Puebla, la Huasteca y la Sierra Gorda. De hecho, a partir del siglo XVII los indígenas habían vivido mejor que la mayoría de los campesinos del mundo, pues el cultivo del maíz, su base alimenticia, sólo requería 120 días de trabajo, dejándoles libre el resto del año. Bulnes concluía que “es el clima lo que ha hecho que el indígena sea perezoso, apático, letárgico, pobre y vicioso”. Como resultado, “todo México considera a los indígenas inferiores”, desprecio que ocasionó que los pobres nativos soñaran con el regreso de Moctezuma y apoyaran a dirigentes como Zapata, que amenazaban con expulsar a los blancos de México.<sup>12</sup> Fueron precisamente la condición social y el ca-

<sup>11</sup> BULNES, 1972, pp. 157-167, 176, 311-320 y 338-339. Bulnes describió a los constitucionalistas como “procediendo del centro canceroso del Reyismo”.

<sup>12</sup> BULNES, 1972, pp. 20-21, 59-68 y 74. Véase también BULNES, 1965a, pp. 184-187.

rácter del pueblo los que volvieron imposible la democracia y necesaria la dictadura en México.

Para comprender las bases intelectuales de las aseveraciones de Bulnes es necesario retomar su primera obra importante, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), escrita después de la derrota de España ante Estados Unidos y de la incorporación de Puerto Rico y las Filipinas. Por ser un momento clave en la historia de Hispanoamérica, pronto provocó el despertar del nacionalismo, ideología cuya presentación retórica apareció en *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó. Sin embargo, aún había muchos positivistas y darwinistas sociales para quienes el repentino surgimiento de Estados Unidos como potencia imperial confirmaba sus peores temores en cuanto a la viabilidad futura de sus propias sociedades. Algo que contribuyó a la depresión social fue la tendencia de algunos autores franceses a interpretar la victoria alemana de 1870 como prueba de la superioridad de las razas teutónica y anglosajona frente a la raza hispánica (este término abarcaba entonces a Hispanoamérica, Brasil y los países europeos con lenguas romances). Hay que notar que era un periodo en que bastantes pensadores importantes percibían, parcial o totalmente, que “el factor racial” influía o determinaba la historia nacional.<sup>13</sup> La propuesta más asombrosa hecha por Bulnes en *El porvenir* fue que la humanidad se dividía en tres razas definidas por su dieta tradicional de trigo, arroz o maíz, respectivamente. Entre éstas, “la raza de trigo es la única verdaderamente progresista”. Por otro lado, lo que condenó a India y a China a una inmovilidad cultural y a la conquista ajena fue su adicción al arroz. Sin embargo, una cita del biólogo francés Geoffrey de Saint-Hilaire, afirmando que “sin carne en la alimentación, no hay trabajo cerebral, no hay civilización”, interrumpió la aplastante simplicidad de este esquema. Así, el hecho de que los araucanos de Chile hubieran preservado su independencia podría explicarse por su consumo de carne. Sin especificar, Bulnes también afirmaba que “el pueblo japonés ha dis-

<sup>13</sup> Véase STABB, 1967, *passim*.

puesto de excelentes alimentos que lo han librado de la conquista y lo han hecho conquistador”. Esta “teoría” del papel que desempeña la dieta en la historia puede convertirse en la teoría más convencional del determinismo climático, pues a continuación Bulnes afirmaba que “es el medio físico el que hace a los pueblos, los civiliza o los degrada”. No debe sorprendernos que se creyera que los trópicos ofrecían una barrera insuperable al desarrollo humano, pues ninguna civilización había emergido de esa zona y siempre que las razas civilizadas penetraban sus límites sufrían accidentes. Además, las cosechas que se daban en los trópicos eran precisamente las que causaban retraso social, influencia particularmente obvia en el caso de la mandioca, que se podía utilizar “para hacer perezosos imbéciles”.<sup>14</sup>

Ésta era la causa del retraso de los indígenas mexicanos: su dependencia del maíz los había dejado desnutridos y por lo tanto eran presa fácil de los conquistadores españoles. Aunque la conquista había traído una mayor diversidad a su dieta, virtualmente habían sido esclavizados por los frailes mendicantes que los convirtieron al cristianismo y por las leyes de Indias que los habían definido como minorías perpetuas. Sin embargo, el verdadero problema era una agricultura que dependía de lluvias estacionales, altamente variables. Esta situación llevó a Bulnes a concluir que “el clima de nuestro territorio ante la economía política es funesto para nuestra civilización y para modificarlo sólo hay un medio: la irrigación”. Es dudoso que Bulnes realmente atribuyera todas las fallas de los indios a su dieta empobrecida y a su inadecuada agricultura, pues los despreciaba a todos —35% de la población, de acuerdo con el último censo— por ser retrógrados, borrachos y por esperar pasivamente la muerte. Por el contrario, describía a los mestizos, que en su mayoría tenían la misma dieta que los indios, como jacobinos naturales con “un espíritu bárbaramente escéptico”, polígamos y borrachos en la prácti-

<sup>14</sup> BULNES, 1889, pp. 5-17, 35-41 y 166. Una segunda edición sin fecha se publicó en México en los años cuarenta.

ca, aunque fuertemente patrióticos y ciudadanos potencialmente útiles.<sup>15</sup>

Después de concluir que las masas estaban compuestas por simples bárbaros, Bulnes pasó a considerar a las dos clases que habían peleado por el poder después de la independencia: los ricos y los intelectuales. Aunque los terratenientes criollos habían logrado derribar a la casta de gachupines comerciantes que habían dominado la sociedad colonial, no habían logrado formar un gobierno republicano estable. Además, su control sobre grandes extensiones de tierra había impedido el desarrollo de cualquier explotación racional del suelo. Y aunque las leyes de Reforma habían eximido sus propiedades de deudas con la Iglesia, los terratenientes porfiristas pronto colmaron sus haciendas de hipotecas concedidas por los nuevos bancos, de modo que no pudieron invertir en proyectos de irrigación. Ya con la Revolución encima, Bulnes modificó estas opiniones, pues en *The Whole Truth about Mexico...* insistió en que aunque Díaz había apartado 58 millones de ha del terreno público, mucho de este territorio era árido o simplemente desierto. En los estados de Jalisco, Guanajuato y Michoacán había unos 50 000 km<sup>2</sup> de tierra donde se producía 46% del maíz de la República. Las unidades de producción eran relativamente pequeñas, pues cada una de las 1 114 haciendas dentro del área cubría en promedio 1 800 ha y cada uno de los 9 515 ranchos un promedio de 320 ha. Además, fue durante el porfiriato que el número de ranchos aumentó más, de 2 800 en 1856 a 26 607 en 1910. A pesar de esto, Bulnes siguió lamentando el fracaso en la irrigación de las agotadas tierras mexicanas y concluyó que “las tradiciones de la aristocracia criolla mexicana son pueriles”.<sup>16</sup>

Desde la Reforma, México había sido gobernado por la clase media, de carácter criollo o latino, cultura e ideas políticas liberales y obsesionada con la esperanza de obtener un empleo en el gobierno. Esta clase había demostrado ser

<sup>15</sup> BULNES, 1889, pp. 13-17, 24-32 y 161-176.

<sup>16</sup> BULNES, 1889, pp. 280-281 y BULNES, 1972, pp. 11-12 y 76-92.

fundamentalmente anárquica: su lucha por el poder y una eventual victoria habían sido la señal de un ciclo de guerras civiles que culminaron en un régimen militar. Bulnes declaró que el problema aquí era que: “nuestras únicas fuerzas de gobierno consisten en una amplia clase profesional [...] compuesta de millares de abogados, de generales, de médicos, de periodistas y de pordioseros de levita”. La dependencia de esta clase social hacia el Estado en cuestiones de política, ejército o burocracia, constituyó un obstáculo más contra la posibilidad de democracia real en México. En efecto, México y la mayor parte de Hispanoamérica poseían un pueblo asiático, una aristocracia reaccionaria y una clase media anárquica, cada clase con su propio ideal, que Bulnes resumió como “Pelayo, Robespierre y Hiuhtechtli-Tetl”.<sup>17</sup>

Cuando Bulnes llegó a discutir las perspectivas de su país, confesó que “el porvenir de México no es claro”. Obviamente, se podía descartar la posibilidad de otra invasión estadounidense, pues a Estados Unidos le preocupaba más dominar los mercados que adquirir territorio: el costo de una conquista militar sería demasiado alto. En cualquier caso, anexar a México pondría en peligro el nivel de vida de los trabajadores estadounidenses, provocando un gran flujo de mano de obra barata. Por otra parte, en México los inversionistas y empresarios extranjeros, muchos de ellos estadounidenses, eran dueños de casi todas las empresas de comercio, minería, banca e industria. El problema era que México no sólo padecía un sistema agrícola retrógrado, sino también carecía de depósitos de carbón adecuados: en 1896 solamente produjo 200 000 kg, cantidad risible comparada con los 195 millones de Gran Bretaña. Bulnes afirmó que “sin el carbón de piedra, no habrá industrialismo, no habrá gobiernos responsables [...] carbón de piedra que es el verdadero padre de la libertad, de la ciencia, del poder de los grandes pueblos”. El gran desafío para México era evitar el “canibalismo burocrático” de Argentina y Uruguay, y transformar a los pro-

<sup>17</sup> BULNES, 1889, pp. 99-106 y 239-248.

fesionales de la clase media en industriales, es decir, de parásitos apoyados por el Estado en productores económicos. Fue en esta ocasión que Bulnes observó que los científicos “están convencidos de que la organización económica impone irresistiblemente la organización política y que para modificar ésta es indispensable transformar aquélla”. Examinando el panorama político, veía pocas perspectivas de una revolución ideológica: los jacobinos tenían muy poca influencia. En cuanto a las masas, eran esencialmente inmóviles. Casi la única amenaza que él podía identificar era un levantamiento causado por hambre, aunque de un tipo especial:

No hablo del hambre de las masas populares, que cuando no pueden comer beben y cuando no puedan beber mueren sin ruido y sin epitafio, caso de pérdida parcial importante de cosechas. Hablo del *hambre terrible* de las clases medias cuando la industria entra en crisis y el erario público en bancarrota.

Aquí, como siempre, Bulnes trató de escandalizar a los lectores con la brutalidad de sus sentimientos.<sup>18</sup>

Si los escritos de Francisco Bulnes son discutibles, es porque en los años inmediatamente posteriores al centenario del natalicio de Benito Juárez, en 1906, lanzó un ataque virulento al logro político del gran presidente. Su ultraje al ídolo nacional fue particularmente escandaloso porque el gobierno porfirista había buscado legitimar su régimen declarándose heredero de Juárez y de la Reforma. El patriotismo liberal de esta era, patrocinado por el Estado, propagaba el culto de héroes republicanos, celebrando sus gloriosas deudas en textos de historia y monumentos públicos. Obviamente, los católicos comprometidos siempre habían lamentado la legislación anticlerical de la Reforma y tenían poco que elogiar de Juárez. Sin embargo, para un político activo e intelectual de renombre, romper filas y manchar el buen nombre del héroe liberal era afrenta que no se podía perdonar. Se convocaron reuniones públicas

<sup>18</sup> BULNES, 1889, pp. 63, 115-123, 170, 189-195, 256 y 274-277.

en toda la república para protestar contra la blasfemia de Bulnes, se publicó una gran cantidad de folletos y libros para repudiar sus aseveraciones y en el Congreso se demandó que fuera expulsado.<sup>19</sup> No está claro por qué Bulnes decidió atacar a Juárez. Como todos sus libros tenían una aplicación política general, es dudoso que sus proposiciones heréticas se derivaran sólo de un iconoclasismo temperamental. Más bien se pueden sugerir dos posibles razones. En primer lugar, al atacar a Juárez y su culto, Bulnes estaba atacando el principio de gobierno personal, de modo que su crítica atacaba cualquier idolización de Díaz y reiteraba su demanda de que se institucionalizara el gobierno. Una segunda posibilidad (sin excluir la primera), es que percibiera el peligro de que los jacobinos, es decir, los liberales demócratas, pudieran declararse los verdaderos herederos de Juárez y desplegar su culto y su nombre en la crítica del despotismo porfirista. Cualquiera que fuera la explicación, la vehemencia de la reacción del público obligó a Bulnes a exiliarse temporalmente, y en su segundo libro sobre Juárez se proclamó como liberal ardiente, identificándose con los jacobinos, con hombres como Melchor Ocampo, a quienes antes había tachado de idealistas.

Antes de emprender su campaña contra Juárez, Bulnes llevó a cabo un ataque desviacional al general Antonio López de Santa Anna, titulado *Las grandes mentiras de nuestra historia* (1904), que en gran parte consistía en una crítica al mal gobierno de México por sus presidentes militares en las décadas posteriores a la independencia. En esta época, el ejército y sus generales formaban una guardia pretoriana que competía por el poder sin importarle el costo nacional, de modo que sus continuas rebeliones fueron la causa de la bancarrota nacional. *Janissaries, mamelukes, conditiorri*: ¿de qué otra forma se puede describir a estos soldados débiles? Sin embargo, las palabras no podrían abarcar, y mucho menos explicar, la carrera de Santa Anna, “nuestro Napoleón”, un general que se distinguía

<sup>19</sup> Respecto a esta controversia, véase WEEKS, 1987, pp. 43-70.

por su “su completa impericia como militar”. Que a esta figura, que dejó que los franceses tomaran Veracruz sin oponer batalla y que con gusto firmó la toma de Texas después de su derrota, se la debiera saludar en la ciudad de México como “el salvador de la patria” significaba “que no existía nación mexicana en 1837”. La virulencia de Bulnes en el ataque a la regla pretoriana obviamente provenía de la lucha por la sucesión presidencial entre los científicos y el general Bernardo Reyes, secretario de Defensa.<sup>20</sup>

En *El verdadero Juárez* (1904), Bulnes criticó con fuerza el papel del presidente en la defensa de México ante la invasión francesa y condenó el culto que lo presentaba ante el dominio extranjero como “la personificación de la resistencia”. Se quejó de que siempre se había descrito a Juárez como un coloso político, como un “Boudha zapoteca y laico” cuya apoteosis resultó del catolicismo residual del pueblo mexicano, “que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social”. Sin embargo, el presidente indígena en realidad había sido más un espectador que un participante en la lucha contra los franceses. Su autoridad era esencialmente pasiva, una obstinación de principio y oficio, un papel caracterizado más por la inactividad que por la dirigencia positiva. Como no era hombre de Estado, y mucho menos un apóstol de la libertad, Juárez tenía todo el aspecto de “una divinidad de teocali, impasible sobre la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios”. Para proporcionar más sustancia a sus insultos étnicos, Bulnes se apoyó en las polémicas de los intelectuales radicales que habían roto con Juárez en 1864, cuando prorrogó su periodo presidencial y se negó a apoyar la candidatura de Jesús González Ortega, el popular gobernador de Zacatecas.<sup>21</sup> Se apoyó particularmente en la breve historia de México escrita en 1883 por Ignacio Manuel Altamirano, un ideólogo y hombre de letras radical, quien después de reconocer que Juárez poseía una “voluntad de granito”

<sup>20</sup> BULNES, 1966, pp. 195-204, 285, 307, 383 y 847.

<sup>21</sup> BULNES, 1965b, pp. 840-844 y 857.

condenó su implacable persecución de los aspirantes a su cargo, observando que perdonó

[...] al enemigo de sus ideas [...] y elevó a traidores a la patria con tal de que no hubieran atacado su persona, y proscribió y persiguió tenazmente o mandó fusilar a liberales sin mancha, a patriotas esclarecidos, si habían tenido la desgracia de no haberle sido adictos personalmente o de ofenderlo de algún modo.

Como Altamirano había apoyado la candidatura de Porfirio Díaz, experimentó en carne propia el rencor de Juárez. Aquí hay que hacer notar que Bulnes había asistido a las tertulias literarias organizadas por Altamirano durante la República restaurada. De hecho, luego escribiría que en 1869, con Justo y Santiago Sierra, se había unido a Altamirano para formar una sociedad de librepensadores. Así, su crítica de Juárez surgió de las amargas divisiones dentro de la coalición liberal, causadas por la determinación de Juárez de permanecer en el poder y volver a crear la autoridad del Estado mexicano.<sup>22</sup>

Bulnes no tenía la intención de mitigar la traición de la facción católica y conservadora que invitó a Maximiliano a México, y menos aún la de perdonar el imperialismo de Napoleón III. Los franceses habían cometido muchos actos bárbaros en México, eran obviamente corruptos y exhibían su desprecio hacia la mayoría de los mexicanos. En cuanto a Maximiliano, gobernaba de forma autocrática, apoyándose principalmente en consejeros y ministros extranjeros. Gastó grandes cantidades para reconstruir el palacio en Chapultepec y estableció una elaborada ronda de banquetes y bailes, sin tomar en cuenta los gastos, de modo que durante su breve reinado la deuda externa subió de 175 a 430 millones de pesos. Aunque contaba con la lealtad inerte de las masas, con el apoyo activo de la Iglesia católica y de las clases privilegiadas, decidió apartar a los obispos y enviar

<sup>22</sup> BULNES, 1965b, p. 843. Respecto a Altamirano, véase BRADING, 1991, pp. 664-667; véase también BULNES, 1965, pp. 293-294.

a los generales conservadores más importantes a ocupar puestos diplomáticos en el extranjero, mientras se apoyaba en los liberales moderados para reconciliar a la opinión pública con su régimen. Bulnes sostenía que, además, los seguidores mexicanos de Maximiliano eran traidores, corruptos y cobardes, características que reforzaban la preferencia del emperador por los servidores extranjeros.<sup>23</sup>

En primer lugar, la resistencia mexicana a la invasión francesa había sido lamentable, pues el general González Ortega permitió que sus tropas quedaran atrapadas en Puebla sin víveres y fueran obligadas a rendirse de forma humillante. Una vez que los franceses atravesaron la República se produjeron muchas derrotas y rendiciones, pues los soldados reclutados por los gobernadores locales y caciques no se podían comparar con las aguerridas tropas francesas. Para dar cuenta de la última victoria liberal, Bulnes sostenía que el imperio de Maximiliano se vio condenado cuando el norte conquistó al sur en la guerra civil de Estados Unidos. Sin embargo, como el secretario de Estado estadounidense se oponía a cualquier intervención, los liberales aún tenían que movilizar suficientes tropas como para expulsar a sus oponentes. La clave de la victoria estaba en no hallarse entre la mayoría de la población mexicana, que por su catolicismo bien podría haber apoyado al imperio, sino en la minoría activa, los hombres de “la inteligencia, el dinero, la actividad”, en lo que podríamos llamar la nación política. En México existía un jacobinismo popular, un fuerte regionalismo y una clase media deseosa de puestos políticos, todos dirigidos por caudillos militares y caciques regionales. Bulnes escribió que “los partidos son la única garantía de responsabilidad de los gobiernos”, y el único partido efectivo en México en el siglo XIX era el partido liberal, sobre todo porque “la fuerza efectiva del partido liberal mexicano ha sido siempre el caciquismo”. Al señalar estos poderosos intereses sociales, Bulnes no negaba que los líderes republicanos fueran patriotas y exhibieran una constancia heroica en su lucha

<sup>23</sup> BULNES, 1965b, pp. 380-424, 451-462, 503, 546 y 813-814.

contra los franceses. Gracias a su sacrificio colectivo, México se vio libre del dominio extranjero. Por esto fue más lamentable que Juárez, que había estado cómodamente dormido en su cama mientras otros hombres luchaban, hubiera utilizado “las facultades extraordinarias”, otorgadas por el Congreso en 1863, para tomar medidas derivadas de su implacable determinación de mantenerse en la presidencia: primero alejar del poder político a los intelectuales radicales que habían participado en la Reforma, y luego apartar a los héroes militares que habían derrotado a los franceses, como Porfirio Díaz.<sup>24</sup>

Sin dejarse desanimar por la tormenta de protestas producida por su iconoclasia, en 1905 Bulnes publicó *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, definitivamente su mejor libro, donde comenzó afirmando que todas las biografías de Juárez eran “caramelos literarios”. Haciendo un esfuerzo por definir su método histórico, afirmó que aunque Michelet y Victor Hugo eran magníficos maestros de la síntesis literaria, evocando el pasado con entusiasmo poético, no lograban proporcionar a sus lectores “generalizaciones científicas”: nunca alcanzaban el nivel de “la verdad seca”. Lo que se necesitaba era un análisis crítico, la habilidad de someter los fenómenos científicos al escrutinio científico, descomponiéndolos en sus partes componentes como si fueran moléculas. Reconocía como maestro a Hipólito Taine, “el más grande de los críticos del siglo y tal vez de los siglos”, que unió “el espíritu analítico del crítico y su espíritu sintético”. En cuanto a los historiadores mexicanos, prefería a Lorenzo de Zavala y a José María Luis Mora sobre Lucas Alamán, y respecto a su tema de elección alababa a Altamirano y no a José María Vigil, autor del volumen de la Reforma en *México a través de los siglos*, la clásica historia colectiva liberal.<sup>25</sup>

Lo que estaba en juego en las guerras civiles de principios del siglo XIX que culminaron con la Reforma fue “el

<sup>24</sup> BULNES, 1965b, pp. 194, 286, 469, 480, 652-655, 675-676, 687, 813-814, 823-825 y 866-869.

<sup>25</sup> BULNES, 1967, pp. 14-26. Respecto a Taine, véase también BULNES, 1889, p. 212.

choque de dos grandes clases sociales; la media encabezada por la profesional, y la territorial ligada al clero y al ejército". Fue una lucha entre el pasado colonial y el futuro liberal y científico, una lucha determinada por "las grandes leyes que gobiernan la evolución humana". Sin embargo, cuando profundizó en su análisis, Bulnes distinguió cuatro tipos de hombres de acción que determinaron el destino de la nación durante este periodo: oficiales del ejército, caciques, intelectuales liberales y bandidos. Distribuido por todo el país, encabezado por los comandantes generales internados en la mayoría de los estados, el ejército regular dominaba la maquinaria estatal y era patrocinado por el ingreso federal. Aunque esta guardia había derrotado la insurgencia de 1810, en las tierras montañosas y las zonas fronterizas de México aún había antiguos insurrectos y caciques locales cuyas guerrillas y guardias rurales formaban la base de los cacicazgos, que a veces eran heredados por los hijos o los terratenientes principales. En cada estado y distrito había una lucha por el poder, implícita aunque a veces abierta, entre estos caciques y los procónsules militares que se disputaban el control del país. Fue esta rivalidad en el plano del control de la violencia organizada el motor del eterno conflicto entre federalismo y centralismo, y lo que explica por qué muchos caciques se enlistaron en la coalición liberal. Bulnes sostenía que a largo plazo los caciques estaban destinados a la victoria, pues mientras el ejército dependía de los fondos del gobierno central, el poder de los caciques se basaba en redes locales de parientes, clientes y asociados, todos con intereses personales en su región particular y todos unidos por su aborrecimiento al ejército.<sup>26</sup>

Los caciques estaban aliados con los políticos liberales, la mayoría de los cuales eran abogados, a quienes Bulnes caracterizaba como "el grupo apostólico profesional y estudiantil liberal". Estos jacobinos buscaban someter a la Iglesia al control legislativo, y cuando los obispos se resistieron no dudaron en nacionalizar las propiedades de la Iglesia, disolviendo las órdenes religiosas, separando a

<sup>26</sup> BULNES, 1967, pp. 190-192, 302-310 y 398.

la Iglesia del Estado y privando así a los clérigos de voz y voto. En este sentido, Bulnes no intentó esconder su simpatía hacia los primeros liberales, elogiando a Valentín Gómez Farías como un santo seglar y admirando a Ignacio Ramírez, a quien consideraba “el sublime destructor del pasado y el obrero de la Revolución”. Al mismo tiempo, no titubeó al admitir que los jacobinos no formaban más que una pequeña minoría, pues “¿se podía ocultar a alguien que en 1858 casi la totalidad del pueblo mexicano era católico, de la escuela más rancia española, católica carlista?”. En efecto, la Reforma había sido impuesta por una minoría activa contra los deseos de la mayoría pasiva, un indicio, según Bulnes, de “que nuestra población está hecha expresamente para ser impunemente tiranizada”. Todavía en 1860 el general Miguel Miramón había tenido el control de la capital y la región central, apoyado por la mayoría de la población. Por esta razón, Bulnes exclamó que “los liberales no debemos desear elecciones libres mientras no adquiramos otro pueblo”, pues en efecto, el voto universal le devolvería el control del país a la Iglesia.<sup>27</sup> En un artículo escrito después, Bulnes recordó que durante la década de 1890 había hecho campaña de prensa contra Próspero Cahuantzi, el gobernador de Tlaxcala, por permitir que se hicieran manifestaciones religiosas en las calles. Sin embargo, el presidente Díaz intervino para impedir cualquier proceso judicial, explicando a Bulnes que las leyes de la Reforma eran admirables, “pero no son las leyes del país; no son las leyes del pueblo mexicano”, pues la mayoría católica las odiaba por estar contra su religión.<sup>28</sup>

En cuanto a la Constitución de 1857, Bulnes la consideraba un instrumento perfecto para crear anarquía. La habían elaborado 154 diputados, de los cuales 108 eran abogados y los demás burócratas y soldados, sin ninguna representación de intereses económicos o sociales. Como estipulaba un sufragio universal, un congreso omnipotente y una presidencia débil, Ignacio Comonfort, el presi-

<sup>27</sup> BULNES, 1967, pp. 69, 75-77, 240, 258-263, 285, 302 y 417.

<sup>28</sup> BULNES, 1965, pp. 295-296.

dente en turno, la denunció casi inmediatamente, obvió sus estatutos y buscó la obtención de “poderes extraordinarios”, por medio de los cuales Juárez consolidó su autoridad. Entre 1860 y 1863, cuando se puso en vigor la Constitución, el país cayó en el desorden a medida que el voto en el Congreso despedía a los ministros del gabinete.<sup>29</sup>

Una vez más, Bulnes trató de minimizar el logro de Juárez, esta vez declarando que durante la guerra de tres años, 1858-1860, actuó como la cabeza nominal de un gabinete compuesto por hombres más poderosos que él. Mientras que un contemporáneo calificó a Melchor Ocampo como “el jefe del partido democrático moderno” y a Miguel Lerdo de Tejada como “la inteligencia del partido progresista”, a Juárez simplemente lo describió como “la firme columna de la legalidad”. Las mismas leyes de la Reforma fueron atribuidas a Ocampo. Además, este gabinete liberal, establecido en Veracruz, virtualmente no contribuyó en nada a la dirección de la lucha militar. Aquí las batallas fueron peleadas por González Ortega, el gobernador de Zacatecas, y por Santos Degollado, “el caudillo más constante de la democracia mexicana”. Bulnes sostenía que Juárez destruyó políticamente a Degollado porque le había escrito al *chargé d'affaires* británico acerca de la posibilidad de establecer una junta diplomática para mediar entre los partidos opuestos. Correspondió a Altamirano y a Manuel Romero Rubio persuadir al Congreso de que lo declararan Benemérito de la Patria. En persecución de su presa, Bulnes alegó que al inicio de su carrera en Oaxaca Juárez había sido un contemporizador, tan listo para servirle a Santa Anna como a los liberales, y que sólo había aprendido sus principios radicales durante su exilio americano, una declaración ostensiblemente falsa. De la misma forma sacó provecho de las concesiones contenidas en el tratado Ocampo-MacLane ya proyectado, que hubiera permitido a las tropas estadounidenses entrar libremente al territorio mexicano para perseguir merodeadores. Por lo demás, subrayó la ironía del “frenesí juarista actual” que

<sup>29</sup> BULNES, 1967, pp. 163-169, 201-207 y 1965b, pp. 101-102.

aclamaba al presidente como un demócrata grandioso, cuando “es un hecho palpable que jamás hemos tenido democracia y que ni dentro de 100 años la tendremos. Es otro hecho que el más grande enemigo que tuvo la democracia mexicana fue Juárez de 1867 a 1872”. Además de todo, Bulnes insistía en que, a pesar de que la Reforma había sido el trabajo de toda una generación de intelectuales, políticos, generales, caudillos y caciques, Juárez nunca perdonaba a quien desafiaba su autoridad. Así que “durante su presidencia, se le vio constantemente gastar y reducir a la nulidad a hombres de verdadero mérito y que hubiesen podido prestar verdaderos servicios a la patria, únicamente por considerarlos rivales temibles en la cuestión del mando supremo”. Bulnes concluyó con una protesta apasionada contra la deificación de los hombres de estado liberales:

Si Juárez es la Patria, declaro que no quiero ser patriota. Cuando Miramón afirmó en su Manifiesto de Agosto de 1859: “la Religión es la Patria, y el que no ame la religión es un traidor”, Ocampo contestó: “Mi deber es traicionar a esa Patria falsa, para engrandecer la que amo como expresión de la Justicia, del Derecho y de la Libertad”. Yo tengo la Patria de Ocampo.

Por muy admirables que pudieran ser estos sentimientos, al identificarse a sí mismo con Ocampo, Bulnes sugería haber regresado a la fe jacobina de su juventud.<sup>30</sup> De hecho, como hemos visto, la esencia de su pensamiento consistía en repudiar el radicalismo democrático profesado por Ocampo como engaño anárquico. Sin duda fue la ferocidad del asalto público en su primer libro acerca de Juárez lo que suscitó este arranque. A pesar del vigor de sus

<sup>30</sup> BULNES, 1967, pp. 136-157, 233-235, 281-285, 331-369, 439-475, 477, 483-488 y 494. El racismo implícito en el ataque de Bulnes se expresaba en su afirmación: “Juárez pertenecía a una raza que no conoce el sufrimiento moral”. Para una opinión contraria, véase HAMNETT, 1994, en donde se demuestra el liberalismo inicial de Juárez, pp. 18-40; en el ensayo bibliográfico, pp. 244-251, se discuten los puntos de vista de Bulnes.

argumentos y del poder retórico de su prosa, la consistencia lógica nunca fue una característica de los escritos de Bulnes.

En su último libro, *El verdadero Díaz* (1920), Bulnes amplió su análisis, ya empezado en *The Whole Truth about Mexico...*, acerca de las razones por las cuales el régimen porfirista se derrumbó de forma tan espectacular. Una vez más insistió en que Díaz era el verdadero heredero de Juárez y que había cumplido con las necesidades “orgánicas” de México al instalar una dictadura. “Don Péfido” se libró de los caudillos nombrándolos gobernadores estatales y luego emprendió una política de reconciliación con la Iglesia y el interés conservador. En 1885 su secretario de Gobernación, Manuel Romero Rubio, contrató a un grupo de intelectuales, a quienes Bulnes apodó como “apachería mental”, encargados de defender y promover el régimen. Díaz había aprobado esta medida porque “perro con hueso en la boca, ni muerde ni ladra”. Esta política se extendió hasta cubrir un gran sector de la clase media, que ahora encontraba un sustento seguro en la burocracia. Esto hizo concluir a Bulnes que Díaz había convertido el Estado mexicano en un “orfanatorio socialista para la clase media”. De igual importancia fue que Díaz logró desmilitarizar el país. En el periodo de 1867 a 1876 el ejército regular de 30 000 hombres estaba flanqueado por 22 000 guardias estatales y otros 50 000 soldados locales, que en conjunto formaban la base de un sistema político que era “una mezcla de feudalismo principesco y de republiquillas italianas”. En ese tiempo, tan pronto como surgían guerrillas o bandidos, los magistrados locales movilizaban a sus soldados, y si eso fallaba podían recurrir a la artillería y a los guardias del gobernador estatal. Por el contrario, en 1910 todo lo que quedaba era un ejército regular de 18 000 hombres, 2 700 rurales federales y 5 000 guardias estatales. Obviamente, las grandes haciendas todavía tenían hombres armados y los caciques de los Altos mantenían sus milicias. Sin embargo, los gobernadores estatales habían perdido la mayor parte de sus fuerzas privadas y el ejército federal estaba pobremente equipado y dirigido por oficiales ancianos. De modo

que cuando aparecieron bandas de insurrectos en el invierno de 1910-1911, no había medios disponibles para reaccionar a tiempo.<sup>31</sup>

En 1904 la debilidad esencial del porfirismo ya se había vuelto demasiado obvia: Díaz ya era un anciano, y aun así se aferraba a la presidencia. Peor aún, se aferraba a un par de amigos y asociados que habían envejecido con él. Así, el ejército estaba dirigido por cuatro tenientes generales, tres de los cuales tenían entre 79 y 80 años. Solamente el cuarto, Bernardo Reyes, era un vigoroso sexagenario. Lo mismo ocurría en todos los niveles del gobierno. De los ocho miembros de gabinete, dos hombres tenían más de 80 años y otros tres pasaban de los 60. Incluso el rival joven, José Yves Limantour, aunque tenía solamente 57 años, había sido secretario de la Tesorería desde 1893. El Congreso y el poder judicial exhibían la misma parálisis gerontocrática, lo cual hizo que Bulnes dijera que “el senado era un asilo para decrepitos con gota”. A nivel burocrático, Limantour conservó deliberadamente en sus puestos a oficiales más allá de su capacidad natural para no tener que pagarles la jubilación, negando así empleo a toda una generación de abogados jóvenes. Analizando esta penosa situación, Bulnes comentó que “sin renovación hay descomposición y la descomposición lleva a la tumba. El ideal del general Díaz fue la petrificación del Estado”. Además, cuanto más se acercaba 1910, tanto más el dictador parecía habitar “un mundo imaginario”, petrificado e incapaz.<sup>32</sup>

En cuanto a los acontecimientos económicos del porfirato, Bulnes empleó una visión retrospectiva para expresar sus reservas. Cuestionó en particular el papel de Limantour, argumentando que el secretario de la Tesorería simplemente había avanzado sobre la oleada económica causada por la construcción del ferrocarril y el consecuente incremento en la exportación de materias primas, ambos fenómenos derivados de la inversión extranje-

<sup>31</sup> BULNES, 1960, pp. 24, 30-37, 86, 293-299 y BULNES, 1972, pp. 22-25.

<sup>32</sup> BULNES, 1960, pp. 177, 215, 299, 348, 358-359 y 427 y BULNES, 1972, pp. 116-118 y 377-378.

ra masiva. En estas circunstancias, era relativamente fácil convertir el déficit del presupuesto federal en un excedente y después emplear las ganancias adicionales para realizar obras públicas y restablecer el crédito del gobierno en el interior y el exterior del país. Sin embargo, demasiada inversión pública se había concentrado en la ciudad de México y se había invertido muy poco dinero en terminar las vías del ferrocarril o en proyectos de irrigación. Por otro lado, se permitía a los bancos extender sus préstamos más allá del tiempo convenido, pues invertían su capital en créditos a largo plazo a terratenientes, y estos fondos eran virtualmente no amortizables. En 1908 Limantour creó un banco de finanzas con 90 millones de pesos de capital, supeuestamente para promover proyectos de irrigación, aunque en realidad era para rescatar el sistema bancario a través de una inyección de capital.<sup>33</sup>

Donde la retrospectiva tuvo mayor importancia fue en el cálculo de Bulnes de que el nivel de vida del peón mexicano se había reducido drásticamente durante el siglo XIX y sobre todo durante el porfiriato. Después de citar cifras del *Essai politique* de Alexander von Humboldt y de compararlas con las estadísticas del momento, afirmó que mientras en 1810 el salario por día de un peón hubiera comprado 33.33 lt de maíz, en 1910 con el sueldo equivalente se podían comprar 8.57 lt, sólo la cuarta parte del nivel anterior. Que México haya tenido que importar trigo y maíz después de 1892 también demostraba el fracaso de la agricultura mexicana para cubrir las necesidades de subsistencia de la población creciente. En efecto, Bulnes concluyó que las clases altas habían gozado de una prosperidad sin precedentes durante el porfiriato, aunque sólo estaba basada en una explotación sin precedentes de la mano de obra rural. Para que este sentimiento humanitario no nos confunda, hay que notar que Bulnes también criticó fuertemente a Díaz y a Limantour por invertir los recursos del gobierno en construir más de 11 000 escuelas primarias, puesto que estas instituciones habían ayudado a

<sup>33</sup> BULNES, 1960, pp. 41, 121, 158-161 y 221-243 y 1965, pp. 257-260.

destruir la religión y la moralidad de las masas y había creado en los maestros una clase de intelectuales empobrecidos que luego se unieron a la Revolución, actuando como líderes o secretarios de los caudillos en la redacción de sus manifiestos. El dinero invertido en escuelas debió haberse utilizado para extender el sistema de ferrocarril y crear empleos: era trabajo y salarios lo que necesitaba el pueblo mexicano, no estudiar.<sup>34</sup>

Si Díaz fue el primer responsable del colapso del porfiriismo, según Bulnes, Limantour llegó en segundo lugar. Un egoísta frívolo, austero como monje, el “jefe aristocrático de los científicos” no comprendía las pasiones humanas, y mucho menos “la psicosis del ambiente social”. Parte del problema fue que para Limantour “la especie humana comenzaba con los banqueros”, de modo que convirtió a los científicos en agentes de la plutocracia. En otro tiempo el grupo, formado por alrededor de quince hombres, educados principalmente en la Escuela Nacional Preparatoria, se había reunido con regularidad para discutir temas políticos. Sin embargo, después de 1889, según Bulnes, el grupo políticamente activo se había reducido a Limantour, Roberto Núñez, Pablo Macedo, Joaquín Casasús y Rosendo Pineda. Si el mismo Limantour heredó una gran riqueza, también Macedo y Casasús se volvieron ricos fungiendo como abogados para un círculo bastante amplio de inversionistas extranjeros y hombres de negocios mexicanos. Por otra parte, aunque Limantour era personalmente honesto, favorecía a un círculo cerrado de empresarios, entre los cuales se incluían varios europeos. Así, cuando obtuvo el control federal de los ferrocarriles a través de la compra de acciones, se apoyó en la casa de bolsa de los hermanos Scherer y Julio Limantour, todos dirigentes del Banco Nacional, con Pablo Macedo y Roberto Núñez. Fue la misma preferencia por asociados adinerados la que en 1904 hizo que Limantour le devolviera el estado de Chihuahua a Luis Terrazas y a su yerno Enrique Creel, y que aceptara la postulación de Olegario Molina, un millonario del he-

<sup>34</sup> BULNES, 1960, pp. 216-218, 243 y 260-263.

nequén, para gobernador de Yucatán. Sin embargo, a pesar de este circuito de poder y riquezas, Limantour no logró ganarse el apoyo de su grupo: su misma honestidad se volvió una desventaja, pues se negó a emplear los ingresos del gobierno para comprar apoyo a través de la creación de empleos públicos.<sup>35</sup> Demostró ser incapaz de formar un partido y alejó a muchos de sus amigos, sin duda a Francisco Bulnes entre ellos, por no recompensarlos con puestos ni confianza.

Tal y como la describió Bulnes, la crisis de sucesión comenzó en 1899, cuando Díaz le ofreció la presidencia a Limantour, para luego asegurar su propia reelección y asignar a Bernardo Reyes, el gobernador de Nuevo León, como secretario de Defensa. Para 1902 Reyes parecía ser el sucesor predestinado, de modo que su hijo Rodolfo creó un partido para apoyar su candidatura, atrayendo partidarios entre los masones, protestantes, maestros, abogados y la burocracia inferior. Como parte de la campaña se acusó a los científicos de haber vendido el país a los intereses extranjeros, y Díaz toleró este ataque. Los científicos, dirigidos por Limantour, reaccionaron advirtiendo a Díaz que se exiliarían si no se detenía la campaña en su contra. Como resultado, Díaz envió a Reyes de vuelta a Monterrey y aceptó asignar a Ramón Corral como vicepresidente, con la expectativa de que se formaría un partido de gobierno. Una vez más había asegurado su reelección, aunque ahora al precio de un malestar político cada vez más evidente. En los siguientes años todos los políticos aspirantes a empleos en el gobierno se volvieron reyistas. Para 1908-1909 el país había caído en un estado de parálisis administrativa y eferescencia política, pues Díaz, ya ebrio de poder e impulsado por una “locura senil”, se había negado a nombrar un sucesor. Si bien hacía mucho que el régimen porfirista había perdido sus bases de apoyo político y necesitaba una renovación radical, la única oposición efectiva era la de

<sup>35</sup> BULNES, 1960, pp. 121-133, 189-190 y 362-370 y 1972, pp. 132-133, 197-201 y 213-222. Acerca de los científicos, véase MARIA Y CAMPOS, 1985, pp. 610-661 y 1991, pp. 121-138.

Reyes. En una frase sorprendente, Bulnes concluyó que la situación política de los últimos años no era más que “el caos helado”.<sup>36</sup>

En *El verdadero Díaz* Bulnes rechazó su breve reafirmación del jacobinismo provocada por el escándalo en torno a su libro sobre Juárez, e insistió una vez más en que la dictadura era “el único gobierno orgánico en México”, observando con brutalidad lapidaria que “ser presidente demócrata en país de esclavos sobrepasa a lo permitido en estupidez”. En una definición digna de Maquiavelo, derivada de San Agustín, declaró que “una dictadura orgánica es una banda compuesta por los más aptos para dominar [...] banda más o menos disciplinada con terror y corrupción por una mano de hierro”, cuyo principal objetivo respecto al poder era “el robo público”. Así, la tarea del dictador era recompensar a sus clientes y asociados y a la vez moderar sus depredaciones para asegurar una explotación racional del país. De hecho, la única diferencia entre el despotismo culto y la simple tiranía descansa en la racionalidad de su gobierno. Para la corrección de este sistema terrible, lo único que Bulnes pudo sugerir fue una rebelión armada. La revolución mexicana era tan necesaria como inevitable. Empleando una metáfora biológica, dijo: “una revolución es la reacción violenta saludable de un organismo contra la infección que le ha invadido”. Entre mayor es la enfermedad, más violenta es la reacción. Una revolución era “la fuerza orgánica salvadora”, que destruía las enfermedades, y si bien mataba a sus propios líderes y profetas, también seleccionaba a los hombres más apropiados para ejercer el poder. El hecho de que más tarde Bulnes expresara la esperanza de que se bendijera a México con la aparición de un Mussolini o un Primo de Rivera “para acabar con la mentira democrática” del socialismo, indicaba su profundo miedo a la anarquía y al gobierno de las masas. Aunque en el Plan de Agua Prieta, encabezado por Álvaro Obregón, percibió “el triunfo del porfirismo”, lamentó que a continuación la Secretaría de

<sup>36</sup> BULNES, 1960, pp. 132-145, 320-348, 371 y 427 y 1972, pp. 130-149.

Gobernación no lograra establecer un partido de gobierno fuerte y capacitado para asegurar la continuidad a través de la reelección.<sup>37</sup>

Se dice que Gertrude Stein comentó respecto a Ezra Pound que era “un explicador de pueblo; está bien si eres un pueblo, si no, no”.<sup>38</sup> Uno se ve tentado a descartar a Francisco Bulnes. Tenía todas las características racistas: reduccionismo brutal, generalizaciones sin fundamento, falsedades obvias y una retórica brutal. Además, su darwinismo social y su inclinación maquiavélica —la base ideológica de su justificación de la dictadura— lo acercaban al fascismo. Y aún así, no tomarlo en cuenta sería un error. En el fondo, Bulnes era un liberal desencantado y, en sus sueños, un profeta del PRI. A pesar de su insistencia en lo inevitable de una dictadura en México, lo que quería era una dictadura de partido e institucionalizada, y tanto mejor si se establecía a través de una revolución. Aunque durante muchos años fue el sirviente político de Porfirio Díaz, Bulnes se apartó, primero, para atacar a Santa Anna y al militarismo y luego, para denigrar a Juárez, concluyendo su carrera histórica con un ataque mordaz a Díaz y a Limantour. De modo que los tres presidentes que dominaron a México en el siglo XIX sufrieron el ataque furioso de Bulnes. Fue el intento de profanar la imagen de Juárez la causa de su expulsión del panteón intelectual mexicano. De hecho, en Bulnes existe una contradicción extraordinaria entre su permanente fe en la dictadura y su compulsión obsesiva de lanzar insultos a los ídolos políticos del siglo XIX. Su iconoclasismo le valió el respeto de la prensa católica, y todavía en los años sesenta se encontraban ediciones baratas de prácticamente todos sus escritos históricos en las librerías de la capital. Aunque después de su muerte rara vez se le haya mencionado, y casi nunca citado, a Bulnes se le ha leído mucho. Por otra parte, es cierto que en cuanto a su apreciación de Benito Juárez el veredicto sigue en puerta: hasta hoy no poseemos un estudio crítico

<sup>37</sup> BULNES, 1960, pp. 5-7, 24 y 351-352 y 1965, pp. 88-90, 179 y 342-343.

<sup>38</sup> Cito de memoria.

amplio sobre la forma en que este presidente renovó la autoridad del Estado mexicano. A diferencia de Díaz, definitivamente tuvo que permitir o aceptar un periodismo libre. Sin embargo, ¿fue en realidad el gran demócrata de la leyenda? ¿Cómo consiguió permanecer tanto tiempo en la presidencia? Todavía es difícil encontrar al hombre debajo de la máscara del mito patriótico. Cuando se haga ese estudio, sin duda alguna se desacreditará mucho de lo que dijo Bulnes, así como se le desmereció en vida, aunque seguirá conservando el mérito de haber planteado interrogantes y de haber sugerido posibles respuestas que hasta hoy no han sido del todo exploradas, y mucho menos resueltas.

Traducción de Lucrecia ORENSANZ

#### REFERENCIAS

BOLINGBROKE, Henry Saint-John

- 1889 *Letters on the Study and Use of History by the Late Right Honorable Henry St. John, Lord Viscount Bolingbroke*. Londres: edición del autor.

BRADING, David

- 1984 *Prophecy and Myth in Mexican History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1991 *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*. Cambridge: Cambridge University Press.

BULNES, Francisco

- 1889 *El porvenir de las naciones hispano-americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*. México: Imprenta de M. Nava
- 1903 *Discurso pronunciado por el Sr. Ing. d. Francisco Bulnes, delegado de Morelos, sesión del 21 de junio de 1903 ... presentando y fundando la candidatura del Sr. Gral. D. Porfirio Díaz*. Edición hecha por acuerdo expreso de la Segunda Convención Nacional Liberal. México: Tipografía Económica.
- 1960 *El verdadero Díaz y la Revolución*. México: Nacional
- 1965 *Los grandes problemas de México*. México: Nacional.

- 1965a *La guerra de independencia: Hidalgo-Iturbide*. México: Nacional.
- 1965b *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*. México: Nacional.
- 1966 *Las grandes mentiras de nuestra historia*. México: Nacional.
- 1967 *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México: H. T. Milenario.
- 1972 *The Whole Truth about Mexico. The Mexican Revolution and President Wilson's Part Therein as Seen by a Científico*. Nueva York: M. Bulnes Book (facsímil de la edición de 1916).
- CAMP, Roderic *et al.* (comps.)
- 1991 *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HAMNETT, Brian
- 1994 *Juárez*. Londres y Nueva York: Logman.
- LEMUS, George
- 1965 *Francisco Bulnes: su vida y su obra*. México: Ediciones Andrea.
- LIMANTOUR, José Yves
- 1965 *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*. México: Porrúa.
- MARIA Y CAMPOS, Alfonso de
- 1985 "Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los Científicos, 1846-1876", en *Historia Mexicana*, xxxiv:4(136) (abr.-jun.), pp. 610-661.
- 1991 "Los Científicos: actitudes de un grupo de intelectuales porfirianos frente al positivismo y la religión", en CAMP, pp. 121-138.
- STABB, Martin S.
- 1967 *In Quest of Identity. Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*. Chapel Hill: University of Alabama.
- WEEKS, Charles A.
- 1987 *The Juarez Myth in Mexico*. Alabama: University of Alabama.